

ideas, pensares de otro tiempo, en que la tristeza de D. Paolo no se había iniciado todavía y era el hombre activo, creador de industrias. A cada astillita que arrancaba al lápiz, lo miraba compasivamente.

—¡Lo peor es—murmuró D. Paolo debajo de su visera, con voz que sonaba á muerto,—lo peor es que Francesco tiene razón! Es mi boca la que amarga, D. Benigno... ¿Se fué ese mequetrefe, verdad? Claro, ¡no había de irse!... Estamos solos. Pues, entonces, contésteme usted, que todo lo sabe y á quien su felicidad todo le aclara: ¿por qué es mi boca la que amarga y por qué la amargura fluye de mí como fuente maldita?

V

—Dichosos los ojos... Pase usted, Hugo; que el venir sin su mal compañero y en noche tan señalada, es más que suficiente para que se le reciba aquí con gusto y simpatía.

Concepción estrechó la mano del joven, le cuchicheó que esperase, que tenía muchas cosas que decirle, y se volvió á las tres ó cuatro personas que ocupaban su camarín y habían acudido á felicitarla aquella noche de su beneficio, para reanudar la interrumpida charla. Estaba Concepción bastante guapa: coronada de florecillas carmesíes la cabeza rubia, y todo el traje de gasa blanca salpicado de pétalos sangrientos, la

hermosa *Flor del Seibo* aparecía más joven bajo el afeitado y más delgada bajo el corsé opresor. Alegre, infantil, tenía para cada caballero de aquéllos una frase picaresca, que les hacía reír muchísimo; sobre todo á dos viejos verdes, sus amigos constantes desde los tiempos del salón de Ulrria, los dos pelones y barrigudos, tan parecidos que pasaban por hermanos y no lo eran y á quienes conocía el joven Fiorelli de verlos en todos los antros en que Marquitos le sirvió de guía, sin saber nada más de ellos sino que á uno llamaban García Mayor y al otro García Chico, y como sucede con los mellizos, no se distinguía al chico del mayor, ni había seguridad tampoco de que se apellidaran García. Los demás, periodistas y aficionados, formaban una corte algo heterogénea á la decadente estrella, vistiendo todos la chaqueta democrática, que el frac holgaba en aquel centro poco distinguido.

Porque ya comprenderán ustedes que este nombre de camarín, aplicado al agu-

jero hecho de cuatro tablas mal empapeladas, que á Concepción valía de tocador, es una manera de señalar benévola. El teatro de Concepción (que no se designa más claramente por no importar este detalle á la historia que voy contando) era una barraca, una simple barraca, amenazada de ser barrida por la escoba municipal en el torbellino progresista que sacude, como benéfico terremoto, á la gran ciudad. Era una miserable barraca, que antes fué circo de lona y ahora se había convertido en templo del incipiente teatro nacional, al que acudía tanto noble espíritu con su ofrenda escénica, sillar modesto del futuro monumento grandioso.

Ilamemos, pues, camarín á aquel cuartucho de madera, que ello nada cuesta; seamos galantes también diciendo que era damasco el papel y sillones de brochada seda las sillas de rejilla laqueadas y de finos encajes la mesilla de tul y percal rosa; que era de bronce la lámpara, cuando no había lámpara, ni de bronce ni de nin-

guna clase, sino una bombilla eléctrica pendiente de una cuerda, y llegando al colmo de la fantasía, agreguemos que las cestas de flores, obsequio de la admiración á la distinguida artista, eran tantas, que allí no cabían todas, cuando una sola y marchita, de los dos Garcías, en un rincón languidecía. De verdad en el teatro se disfrazaba la mentira, y es lícito mentir, ya que en el teatro estamos.

Pero, habrá de permitírseme confesar que el tal camarín no olía muy bien, pues el tabaco de ambos Garcías, mezclado al supra-violeta y al sudorcillo de la tiple, producía un compuesto aromático poco agradable.

Ocupó Hugo una de aquellas sillas mezuquinas, que querían pasar por sillones, y esperó, contrariado. La mar de tiempo llevaba sin venir al teatro y sin ver á Concepción. Si había venido esta noche fué porque ella, recordando el caballeresco apoyo prestado en el famoso ajuste de cuentas, le envió una localidad para su beneficio

con unas letritas:—Me olvida usted. No deje de venir. Pero solito, ¿eh?, sin su compinche...—Y vino, y allí estaba, contrariado, de nuevo, aunque fuera sólo por un rato, en medio de aquella sociedad equívoca, de la que había huído con ánimo de esquivar siempre, y en la que tan mal encajaba su formalidad de ahora.

Formalidad muy grande sí, señor. Se levantaba temprano, se acostaba temprano, trabajaba todo el día en el escritorio. A la Charo no la veía, á Carmelita la dejó en paz, con Marquitos ya no andaba... ¿Qué más? Y el que dudara, que mirase lo cambiado de su aspecto y de su gesto, lo flaco y preocupado que aparecía, cómo había perdido aquella risueña máscara que completaba y realzaba su cara de niño bueno. Ahora era un niño viejo, que piensa en cosas tristes y muy graves. Y no porque la formalidad vaya aparejada con el empaque solemne y taciturno, sino porque indudablemente algo le pasaba al *bambino*.

Inclinada la cabeza, los ojos vagando

tras los dibujos de la estera, ¡perdón!, de la rica alfombra de terciopelo, un brazo sobre la rodilla, y balanceando el hongo maquinalmente, oía al García Chico ensartar tonterías, y al mayor otras mayores, y á Concepción donaires verdosos, sin entenderlos. Hubo un momento en que no oyó nada; creyó estar solo... Y, en efecto, Concepción y los viejos y los periodistas y los demás habían desaparecido. La lamparilla, al extremo de la cuerda, brillaba melancólica.

Se levantaba para marcharse, cuando reapareció Concepción, huracán de gasas, de perfumes y de risas que cayó sobre él como una tromba.

—Dispéñeme, Hugo, si no he podido atenderlo todavía. ¡Jesús, qué mareo! ¡y qué disparatar de hombres, y qué gracia tienen los malditos! Figúrese que me han mandado esa cesta los dos Garcías, á medias, y con media tarjeta de cada uno... ¡já, já! Yo los adoro á los dos, á los dos lo mismo, la mitad para cada uno, como les de-

cía ahora, y el chico me agarraba de un brazo y el mayor del otro, para llevarse cada cual su mitad. Son muy chistosos... Me río, y realmente debiera darme contra estas paredes de madera. El teatro vacío, Hugo; ya lo habrá usted visto. Mientras canté el tango de las flores, conté dos palcos ocupados y quince butacas. Y cuando empezó el coro de los sauces, aquello era el Sahara peladito. ¡Buen beneficio nos dé Dios! Si para las demás secciones no mejora el tiempo... Voy á echar la llave para que no nos molesten.

Fué á la puertecilla, ¡crac!, y echó la llave. Disponía de veinte minutos largos, antes de volver á salir á escena, y todo este tiempo quería dedicarlo á su familia, á su familia ingrata, que la olvidaba, que la despreciaba...

—No proteste usted, no lo niegue. Usted, que vive con ellos, lo sabe tan bien como yo, Hugo. Mamá y mis hermanas me desprecian; pero no porque sean mejores que yo; ¡qué han de serlo! Es que

ellas tienen mejor posición, han conseguido mantenerse en alto por un milagro de equilibrio; pero, yo digo: el día que don Paolo se canse, al cuerno todo el mundo.

Hizo con las manos el ademán de derrumbamiento que anunciaba, y como si contemplara el cataclismo, se rió cruelmente.

—¡Já, já! ¡Adiós pretensiones! ¡Adiós orgullo! ¡Adiós sopa boba! Y todo depende de la paciencia de su hermano, un santo de esos que no caen muchos en libra. Pero, la paciencia se acaba, se le acabará algún día á D. Paolo, porque los santos humanos también tienen ojos y sangre, como nosotros.

Iba el joven á oponer que, ligado á Tecla D. Paolo por la religión y por la ley, el terrible suceso previsto no era de temer. Mas, no se atrevió. Parecióle, sin que pudiera explicarse por qué, que iba á soltar una sandez.

—Sin embargo, yo no las quiero mal—repuso Concepción calmándose,—y si no

prueba al canto. Al llegar aquí, ¿ha visto usted un automóvil en la puerta del teatro?

—No—contestó Hugo,—al menos yo no he reparado...

—Un automóvil amarillo, el automóvil amarillo de Rómulo Pares, el aristocrático, el exquisito *snob*, Rómulo Pares, prototipo de la elegancia masculina, el perdido más *comm'il faut* de la sociedad porteña, casado con una beldad, Ernestina Asnabal, á la que ha comido ya media fortuna...

Sonó á Hugo el apellido de Asnabal á cosa conocida, pero no recordaba con exactitud el motivo ni la ocasión.

—Bueno, pues—continuó la tiple—Pares ha venido á verme esta noche, me ha preguntado, me ha sonsacado cuanto secreto de familia guardaba yo... Pares está enamorado de Parmenia, locamente *encamotado*, hará locuras por Parmenia... ¿Comprende usted? Pero, Parmenia, lo sé, lo sé, que no lo niegue ella, porque lo he visto yo en Palermo, y si mamá no lo ve y nadie lo

ve en la casa, es porque andan ciegos... Parmenia está entendida con Marquitos, y va á hacer una sonada el mejor día. Y yo, que no las quiero mal, á pesar de todo, les devuelvo la fineza de esta manera: Previendo á mamá que los paseos á Palermo y el coche y la carita de flauta de la niña en dulce han dado el resultado que deseaba, y ahí está el gran Pares esperando que le llamen, muerto de ganas de que le llamen y pronto á aflojar los pesos de su mujer. Que lo ponga, pues, á raya mamá á Marquitos, que dé su lección á Parmenia; y Cristo con todos.

—¡Allá ellos!—dijo Hugo, que se sonrojó al pensar de que le creyeran capaz de llevar semejante recado.—¡Allá ellos! ¿A mí qué?

Pasó un relámpago por sus ojos azules, y Concepción tuvo á bien explicarse. ¡Es que le daba una lástima tan grande aquella chica, pronta á caer en las garras de Marquitos! No podía su buen corazón mirar indiferente su porvenir, ver cómo, por

atolondramiento é irreflexión, por inconcebible ceguera de la misma mamá, tan larga, sin embargo, iba á perderse estérilmente, y á perder un pez como Pares. Que lo dijera ó no en su casa, ella cumplía un deber de conciencia dando el ¡quién vive!, ganso familiar que previene el ataque.

¡Ah! Pero lo que sí quería que dijera, lo que le rogaba que dijese, para que se murieran de rabia, era que el abogado había vuelto, rendido otra vez, manso cordero extraviado. Y la pondría nuevo piso, un piso hasta allí, con todo cuanto puede contener un piso de lujo: cortinas de seda, cuadros, espejos, un dormitorio blanco, todo, todo blanco, con inmaculada blancura de paloma y un cuarto de baño, ¡ay, Dios!, ¡qué cuarto de baño aquél!, ¡qué azulejos, qué grifos, con brillar de oro, qué pila de mármol, digna de una emperatriz romana! Siempre había soñado ella con un baño así, y el par de Garcías, sus amigos, se lo tenían ofrecido para cuando uno de ellos muriera y pudiera el otro casarse, quedando

dueño absoluto, sin molesto condominio, del hermoso cuerpo... Ahora ya no necesitaba esperar la desagradable contingencia.

—Sí, Hugo, ha vuelto! ¿Por qué, si no, había de estar yo tan contenta esta noche con el teatro vacío? ¿Por qué no me doy contra estas tablas? Pues por eso, ¡porque ha vuelto! Regalito canta.

Y presentó al joven el prominente y carnoso seno, entre cuyas gasas, como estrella entre nubes, brillaba un solitario de primera magnitud. Ciego quedóse Hugo, y le pareció que podía, sin sonrojo, ofrecerla sus felicitaciones... por el regalo, bien entendido.

—Es precioso, ¿verdad?—repetía Concepción, moviéndose delante del espejo para que la luz centelleara en todas las facetas de la joya.—De primera, de primera. ¡Ay, cuánto daría porque lo vieran mamá y las muchachas! Se caen de espaldas, si lo ven. Estoy deseando que venga Marquitos para darle también en los ojos. Vino el otro día, ¿sabe usted?, y lo saqué

de aquí á zapatazos... ¡es más sinvergüenza! Pero volverá, que mientras esté aquí la Rufa, y la pueda birlar á la infeliz unos centavos...

Llamaron á la puerta discretamente, y dijo la tiple con susurro de reserva:

—¡Es él! Habrá conseguido desprenderse de la mujer, que es una lapa la pobre señora, y estaba comprometido á llevarla esta noche á un baile... ¡Amor mío! ¡Dulce y espléndido amigo!, allá voy... Ahora, Hugo, la del humo, ¿eh?

Retiró el pestillo, y apareció un hombre de sorprendente facha, vestido de rosada malla, como los titiriteros, con un á manera de faldellín hecho de musgo verde, las barbas y los cabellos larguísimos, de hiliillos de reluciente cristal, y una corona de helechos, que le ceñía triunfalmente las sienes. Traía un cuerno grandísimo de caracol y un tridente dorado, y su apostura era todo lo imponente, lo asombrosa y soberbia que correspondía al personaje, al Río Paraná en persona.

Su húmeda Majestad no pasó de la puerta, como parecía natural, tratándose de un elemento que se cuela por toda rendija, y anunció á Concepción que la escena iba á comenzar, con voz que más era de vino que de agua. Detrás del fluvial fantasmón, en el pasillo angosto y sucio, mezquinamente alumbrado, hormigueaba, como en una gota de agua podrida las bacterias, una legión de mamarrachescas figuras: el coro de sauces, pintados todos de verde, con mantos de gajos llorones de la cabeza á los pies; flores rojas de seibo, destilando almazarrón las caras y albayalde las pecheras; sábalos extraordinarios, de grandor de tiburones, cubiertos de escama, y en la cabeza, á guisa de casquete, una de pescado enorme y otras plantas y otros bicharracos fantásticos y groseramente representados... Fumaban los peces como personas, gritaban las flores, reían los árboles, hablaban los pájaros en español, en italiano y hasta en el idioma nacional del gran don Benigno aborrecido, y tal era aquel poema

en prosa vulgar y plástica, que parecía el mundo al revés.

La distancia idealiza los objetos, y así como para los sucesos es recuerdo, que dulcemente los esfuma y piadosamente los disimula, para las personas es cendal que vela misteriosamente y mentirosamente hermosea. Toda aquella farándula carnavalesca, vista de cerca, repugnaba al mismo que poco antes deslumbrara en el escenario. ¡Oh influencia de la perspectiva, y qué sujeta á error resulta la labor de la Historia, mirando de lejos hombres y cosas y viéndolos y pintándolos otros de lo que fueron!

Y qué trapatiesta armaron, de pronto, dos sauces que disputaban! Arrancáronse los gajos, se dieron de morradas con los puños enguantados en bayeta de color plomizo, y no se hicieron allí mismo astillas, porque otros sauces y la revoltosa flor, causa del lance, lo impidieron, y el Río Paraná, levantando su tridente, les amenazó con romperles la copa. Un hombre avanzaba,

entretanto, vestido como las personas, de gabán y chistera, el cuello envuelto en un pañuelo de seda, que le subía hasta media cara, cuidadoso del fresco ó de la curiosidad, y con el bastón y nada corteses modales apartando á la fauna y á la flora isleñas, en absoluta y escandalosa posesión de todo el pasillo.

Concepción, á orillas del Río, quiero decir, á la vera del Paraná de carne, y contrariada aún por el reciente chasco, le gritó alegre:

—Buenas noches, Titito; entra, entra.

Era el doctor Incógnito, al que no llamaremos de otro modo para no exponerle á la venganza de la engañada esposa. Nada se dirá tampoco de sus señas personales; baste con saber que el mimosamente requerido Titito llegar pudo al puerto, y que Hugo y el corpulento Río le franquearon la entrada, con menos prisa que en abrazarlo puso la tiple, estrujándole pañuelo y cuello descaradamente ante el híbrido curso.

¿Ha visto alguien comer á una flor una naranja? Pues esto era lo que hacía en el propio momento, en el rincón más obscuro, una chiquilla roja, larguirucha, de ajado traje y rostro más ajado todavía, ceridos de violadas ojeras los ojos negros y profundos. Parecían manchas de sangre los pétalos que salpicaban su vaporosa falda corta, y sus formas delgadas de efebo, de ser asexual, de niña en capullo, cuyo desarrollo la miseria ó el vicio detuvieron, entristecían en medio de su atavío, que la penumbra fingía trágico. Lentamente, como á desgana, exprimía los casquillos de la fruta y arrojaba hollejos y pepitas al suelo, abstraída, sin preocuparse del combate de los sauces, ni del arribo y turbulento cruzar de Titito Incógnito por aquel elemento en que su juventud se agostaba. Asimismo, esta flor del mal se estremeció, agitó todas sus hojas cuando descubrió á Hugo saliendo del camarín de Concepción.

—¡Gringo, gringo bonito!—gritó risueña,—vén, vén, que aquí te espero comien-

do... una naranja; vén, que aquí está tu Charo, azarada con tu ausencia y desesperada con tu desvío.

Oyó estas voces el *bambino*, y trató de esconderse entre los árboles; pero le disparó la joven una lluvia tan certera de pepitas y cortezas, que hubo de rendirse y dejarse llevar prisionero donde ella quiso, y fué al mismo rincón de antes: allí arremetió contra él, lo achuchó á su sabor y entre besos y golpes le decía:

—¿Por qué me huyes, gringo bonito? ¿Qué te he hecho yo, precioso, para que no quieras ya verme? ¡Serafín rubio de mi corazón! Esta noche no te me escapas; te vendrás conmigo, tomaremos juntos chocolate con bollos, como antes... ¡No digas que no, porque te muerdo! ¿Qué te pasa que estás tan serio? Pues te sienta muy mal la seriedad, hijo... Ya, ya me ha contado Marcos que te da ahora por el estudio, y metido en el escritorio te estás las horas muertas. ¿Quién te ha cambiado así? ¿El marimacho de la hija de tu maestro con

sus verbos? ¿Tu cuñadita, la lánguida, con su virtud en vinagre? ¡Contesta, contesta, mala peste, ó te arranco el bigote!

—¡Charo, tengamos la fiesta en paz!— protestó Hugo con enfado.—¡Déjame, no seas pesada!

—Esta noche te vienes conmigo.

—No puede ser.

—¿Por qué no puede ser? ¿A qué has venido aquí? Si no has venido á buscarme, ¿á qué vienes?

—Mujer, á lo que me da la gana. ¡Vaya una pregunta!

—¡Y vaya una respuesta! ¡Estúpido! ¡Feróstico! Si á mí no me hace falta que me acompañes ni me busques. Ya me buscan, ya, otros mejores; más generosos, más ricos, más buenos mozos... ¡Quítate de mi vista, mal fideo, bizcocho averiado! ¡Si no te quitas, te ahogo!

Enfurecida, lo arañó la flor. (¿Podía hacer otra cosa siendo flor y siendo mujer?) Y el infeliz *bambino* huyó, aporreado, pisando otras flores, tropezando en los árbo-

les, perseguido de la voz estridente, irritada, de la Charo.

—¡Anda y que te lleve el diablo, maldito!

En medio del pasillo el Paraná le impedía la retirada, y él vadeó el Río muy lindamente, dando al hombrón con sus cristalinan barbazas y su caracol, contra la pared. Sacó el pecho el Río, y gritó en criollo:

—¡Animal! La *pucha*...

—Duro con él—exclamó una vocecilla desde lo hondo de un rincón.—¡Duro con el gringuito!

Era la Rufa que, con Marcos, se reía locamente. Toda la maleante floresta agitaba sus ramas, arremolineaba el Paraná sus aguas y un escuadrón de sábalos monstruosos danzaba en torno de Hugo. ¿Qué era? ¿Qué ocurría? Del brazo de Titito Incógnito apareció Concepción, radiante, y se calmó la isla entera por ensalmo.

Rufa y Marquitos habían cogido por el gabán á Hugo, y obligarle querían á que les siguiera.

—Tienes que hacer las paces con Charo—decía Marquitos zumbándole.

—Esta noche nos convidas con chocolate á los tres—insistió la otra;—no merecen menos esos arañazos de mi amiga y compañera.

—O me sueltan—amenazó Hugo—ó les arreo un par de bofetadas á cada uno.

Le soltaron, y salió el joven muy erguido, después de enviar á Concepción amistoso saludo. ¡Patulea infernal! ¡Flores corrompidas, árboles de mala sombra, plantas venenosas, peces groseros y voraces! ¡No volvería el *bambino* de Monferrato á visitaros jamás! ¡Y tú, ¡oh Charo pérfida!, que con tus espinas osaste herir la fina piel de su rostro rafaelesco, condenada serás al olvido, á la execración y al desprecio!

Se limpió la ardiente mejilla con el pañuelo, y unas pintas encarnadas, que no eran, ciertamente, pétalos de la flor del seibo, mancharon el lienzo. ¡Ah! ¡Qué rabia sintió entonces el joven por la gatuna afrenta, y qué juramentos hizo, más solemnes,

de no ver á la Charo en todos los días de su vida bonaerense! En cómica postura, en la puerta del teatro, su brazo vengador amenazó á la barraca y á cuantos dentro de ella cobijaba.

Y pián piano, marchó derecho hacia la calle de Centro América, sede de la fábrica. Mas, no había andado cuatro pasos, y ya se paró indeciso en la acera, cual solía, de algún tiempo acá, en todas las ocasiones en que su voluntad adoptaba una resolución, y otra voluntad, extraña y misteriosa, surgía repentinamente de lo más profundo de su alma, donde estaba agazapada y oculta, sin que él supiera cuándo entró en ella ni cómo pudo colarse. Solitaria la calle, dos ojos, sin embargo, para Hugo, y sólo de Hugo visibles, la ocuparon, llenaron é iluminaron toda, apenas su voluntad movió sus piernas en dirección á la fábrica; dos ojos que eran dos focos eléctricos, de luz deslumbradora y poderosa. Cerró los suyos el *bambino* por no cegar, y un sudor de congoja lo bañó entero. No,

no iría á la fábrica; andaría toda la noche, como un caminante que ha perdido el rumbo; ¡no iría á la fábrica, ni á la casa, ni al escritorio, porque no, porque no! ¡Porque estaba mal que fuera! Porque las ideas malas, las ideas perversas que en su espíritu sentía germinar, y que otras manos sembraron á descuido suyo, crecían en aquel ambiente, lozaneaban como hierba maldita y le robaban el sueño, le amargaban el pan y apartaban del gusto del trabajo y del estudio...

Tibia la noche, prestábase á una de esas caminatas de romántico con que se regalaba en la aldea; pasearía á la luz de la luna, cuyos dos cuernos plateados apuntaban en el cielo sereno, y, entretanto, reflexionaría, discutiría consigo mismo si la conveniencia suya y el interés de todos estaba ó no estaba en decir valientemente á D. Paolo:

—*Fratello*, me voy de la casa por esto (aquí una mentira de fácil deglución), alquilaré un cuarto amueblado, sin que ello importe rompimiento de relaciones con tu

familia, y menos, por supuesto, contigo, y vendré al escritorio como de costumbre; que mi asiduidad en el escritorio nada tiene que ver con mi habitación en la casa.

Ó si no estoto, más radical y heroico:

—Me voy de este *Parigi*, que abomino y donde estoy á punto de perderme: de un pelo me sostengo, *fratello*, sobre el abismo que, espantoso, se abre debajo de mis pies. Déjame tornar á Monferrato, y que otros aires que estos Buenos Aires, fatales para mí, porque me trajiste adonde no debías traerme, y me pusiste donde debías no ponerme, oreen mi frente y reconforten mi espíritu. ¡Mira que el veneno que respiro llega ya á mi corazón! Mareado estoy en la sentina en que me obligas á vivir, y cualquier cosa que ocurra, cualquier cosa horrible, *fratello*, que ocurra, no me la achagues á mí, que me defiendo y peleo y sufro y empleo toda mi voluntad por impedir que ocurra; achácala á tu debilidad, que facilitó la ocasión de que ocurriera. ¡*Fratello, fratello*: déjame marchar de este

Parigi odioso; déjame marchar á Monferrato!

De nuevo se limpió Hugo la cara con el pañuelo, y las manchas rojas del araño de Charo dijérase eran tan espinosos pensamientos los que las producían, gotas de sangre de su doloroso meditar. Volvió atrás, buscando, no ya el silencio de las calles, sino el bullicio de la gente, que le distrajera de sus malas ideas, y anduvo de prisa, con la precipitación del que huye de invisible enemigo... ¡Ah! Fuera hacia la fábrica ó de la fábrica huyese, á la fábrica tenía que volver, y ni marcharía á Monferrato ni diría esas cosas á D. Paolo... porque hay cosas que no pueden decirse ni al *fratello* ni á nadie, y las cosas que Hugo decir querría, para alivio de su conciencia y salvación de su responsabilidad, eran del género que hay que encerrar bajo los siete candados del secreto. Y si no podía decir las, ¿cómo justificar el abandono de la casa ó la partida á su aldea italiana?

Los dos ojos luminosos, cual reguero

fantástico que precediera sus pasos, huella fatal que marcara su camino, seguían brillando como dos faros, antes imán del abismo que nuncios del peligro.

—Así me huyas y pongas todas las calles y todas las leguas y todo el Océano entre tú y yo—sonábale dentro la voz demoníaca,—no podrás evitar lo que fatalmente ha de suceder. Yo tampoco sé cómo ha sido esto; si de aburrida y cansada de amar por obligación, que, créeme, es el más triste amor del mundo, ó prendida en el encanto de tu juventud inocentona. Lo cierto es que ha sido: ni tú me has hablado palabra, ni yo palabra te he dicho, y, sin embargo, nos entendemos maravillosamente, ¡somos cómplices!, no de nada horrible, ¡tonto!, sino de algo tan delicioso, que sólo de pensarlo, de pura miel se me llena la boca, rubio y hermoso *bambino* de mis sueños.

Un gesto de horror contrajo el semblante de Hugo, y arreció el paso. Estaba ya en las calles céntricas, había recorrido la

aristocrática calle de la Florida, lujoso salón al aire libre, gracias á la ordenanza municipal, que prohíbe el tráfico nocturno, y llegado á la Avenida de Mayo, remedo felicísimo del París auténtico y gala de la soberbia urbe. En la mesilla de un café, bajo los plátanos, se sentó abatido, y se distrajo en el pasar de las gentes, hormiguero ascendente y descendente interminable. No tocó al refresco que había pedido, ausente del lugar en que estaba, en ruda batalla siempre con la voz demoníaca y con sus escrúpulos.

Y de pronto, tres cabezas, cabezas de pesadilla, aparecieron en torno de la mesa, y tres bocas burlonas le saludaron al mismo tiempo.

—Buenas noches, gringuito.

Oyó arrastrar de sillas, y Marquitos, la Charo y la Rufa sentáronse á su lado tan campantes. En viendo el pajizo de Marcos y los sombrerones floridos de las dos chicas, despertó Hugo, furioso. Bueno, ¿y qué? ¿Se habían propuesto fastidiarle, tomarle

el pelo? ¿A que concluía mal la bromita?

—Hijo, no te sulfures—díjole Rufa con gracioso pestañear de los ojillos picarescos;—ésta me preguntó si quería compartir con ella tu invitación amabilísima: «Me ha convidado á chocolate con bollos, y lo tomaremos juntos.» Y yo, claro, ¿había de negarme?

—Esta me preguntó—declaró á su vez Marquitos:—¿quieres acompañarme á tomar chocolate con el gringuito y con Charo? Y yo, claro, ¿iba á negarme?

—Pues yo—siguió Charo mimosa—no podía negarme tampoco; ¡negarme á tomar chocolate con mi gringuito rico, después de haberlo arañado, ¡ay!, que desde aquí veo la marca, la señal infamante de mis uñas perversas en el cielo de tu cara... No, no, después de mi arrebató, del que te pido perdón y me arrepiento, imposible rechazar tu convite. Y rogué á ésta y á éste que vinieran á tomar contigo chocolate.

—Yo no tomo chocolate ni contigo, ni con ésta, ni con éste—saltó Hugo de muy

mal talante;—y á ti te advierto y á ésta y á éste, que ni gloria siquiera, y que os vayáis á la gran tal los tres y os apartéis y no me déis más en las narices con vuestro tufo de desvergüenza.

—Oye, ¿qué es eso de tufo?—protestó Rufa;—¿olemos mal acaso?

—¡Gringuito, gringuito! No hagas que, en vez del tufo que dices, recibas otra caricia de mis manos, que ya conoces, ó de las de ésta, que saben también pegar, ó de las de éste, que pegan mejor—intervino la Charo, con aquella propensión suya á pasar del mimo á la amenaza, sin transición.

—No seas grosero con las damas—dijo Marquitos;—paga los chocolates y calla.

—No pago nada—concluyó Hugo levantándose.

—¡Gringuito, gringuito!—insistió Charo.

—Y á ti, á ésta y á éste... ¡ya lo sabéis! No buscarle tres pies al gringo...

—Eso, ¡como que tiene cuatro!—le ases-

tó la Rufa con una carcajada, viéndole alejarse.

—¡Adiós, galán generoso!

—¡Adiós, macarrón insigne!

Temblando de cólera la coristilla desdeñada, su mirada vengativa le escoltaba entre el gentío, y repentinamente saltó de la silla, corrió detrás, lo alcanzó, lo cogió del brazo con brusquedad, y empinándose sobre la punta de los pies, que por demasiado pequeña apenas le llegaba al hombro, puso el indignado morrito casi á la altura del bigote rubio del ofensor.

—¡Señor Fiorelli, explíqueme usted! ¿Por qué se porta usted así conmigo? ¿por qué es este desprecio? á que viene esta conducta... ¿He hecho yo algo malo? ¿le he dado á usted algún motivo?... Explíquese usted, que no me negará el derecho de pedir explicaciones á quien me ha ofendido así... A ver, á ver ¿por qué?

Y muy tranquilamente, apartándola con frialdad, contestó Hugo:

—¿Por qué? ¿quieres saber por qué?

Pues, te lo diré con franqueza: ¡por fea!

Soltó la Charo una risotada. ¡Por fea! ¡por fea! Realmente era una razón como cualquiera otra, y ella no pedía otra cosa. ¡El demontre del gringuito! ¡Y qué gracia la suya de encontrar feo ahora al delicioso conjunto de sal, de majeza y de picardía que antes lo trastornaba!

—Bueno, hijo; me has dado una razón, y razón de peso. Ahora te parezco fea, lo cual precisamente no quiere decir que yo lo sea. Y el que lo dude, que me mire... Me has dado una razón y me conformo. Te deajo, gringuito; ya no te molestaré más. ¡Y al decirte adiós hasta la eternidad, te deseo que encuentres otra más fea que yo en tu camino, y que te arañe, no la cara, como yo, sino el alma, el alma, y con sus uñas de harpía vengadora te la arranque á pedazos!

Con ademán de reina le volvió la espalda y él continuó andando, indiferente. ¡Vaya con la impertinencia de la chiquilla pegajosa! ¿Qué se creía entonces? ¿qué iba á

llevarlo de zarandillo, como chucho de su propiedad? Pues, sí, ¡por feal, aunque no lo fuera. Así, herida en su amor propio, le dejaría en paz é iría á cantarle á otro su tonadilla, aquello de *La flor del seibo*: «Yo soy una flor roja, vegetal mariposa, primorosa...» con voz de cigarra, meneo automático de brazos y exhibición de pantorras.

La calle Centro-América, la fábrica y la casa se aproximaban, entretanto, puesto que hacia ellas el joven caminaba y no había de qué sorprenderse, si, al cabo de un cuarto de hora, calle, casa y fábrica aparecieran al volver de una esquina. Sin embargo, Hugo se sorprendió, se sorprendió mucho, se sobresaltó más, puso los ojos en los cuernos de la luna, los abatió al suelo, como buscando esconderlos y donde esconderse...

Y era que, atravesando la calle y justamente á darse de cara con él, venían tres damas, y en estas tres damas reconoció á misia Gorgonia, á Tecla y á Parmenia, que volvían, sin duda, del teatro; por el tocado,

por los abrigos y por los retículos de seda que pendían de sus manos enguantadas de blanca cabritilla: Parmenia, delante, con la tiesura y el aire preocupado que se la notaba hacía tiempo, y cuya causa no era un misterio para Hugo, la mamá y Tecla detrás, en animadísimo coloquio, del que, tal cual frase, irritada de misia Gorgonia, calmante de Tecla, llegaba hasta la soñadora y la hacía torcer la cabeza, estremeciéndose con el picor de su aguijón, para dirigir á la mamá un signo negativo, de malhumor y terquedad.

Disputa muy larga debían de traer; acaso iniciada en el teatro, porque la muchacha no respondió cual debía y se lo exigía la maternal previsión, al lenguaje elocuente de unos anteojos del patio ó á las miradas del fastuoso propietario de cierto automóvil amarillo, el mismo que en Palermo las perseguía galantemente, el mismo que había escrito cartas tan bien sentidas y redondeadas. Con todo esto, la digna señora venía disgustadísima, y arrojaba los rayos

y centellas de su cólera contra la hija pequeña, la peor de todas las suyas, la más desobediente, la más endiablada y difícil de guiar, porque ni Concepción, ni Tecla, ni la misma Trinidad, la proporcionaron un solo dolor de cabeza en su vida, y su carácter de cera se resistió jamás á los planes que, por la felicidad de la familia, tejía la Ulrria diestramente.

En cambio, la señorita Parmenia era una calamidad... En el silencio de la calle, las voces sonaban más agrias, y como descubriera á Hugo, que en el borde de la acera esbozaba un saludo respetuoso, á él se abalanzó iracunda.

—Dígame usted, dígame usted si esto no clama al cielo, Hugo; un hombre formal como el Dr. Pares, riquísimo y casado, casado, que es la mejor garantía de discreción, de reserva, de seriedad... ¡Pues no quiere la mocosa esta; lo rechaza, le hace una cantidad de desaires inaguantables!... ¡Miren la muerta de hambre, la insolentona! Pero á mí no me vas á quemar la san-

gre, ¿sabes, Parmenia? Y te obligaré, ¡vaya, vaya! ¡Un hombre casado y rico! ¡No faltaba más!...

El agudo perfil de misia Gorgonia, aquella su nariz de pico y la barba en punta, se alargaban por la indignación, y sus voces eran graznidos de ave de rapiña que teme perder la presa.

—¿Qué le parece á usted, Hugo? ¿Qué le parece?

Hugo se excusó de decir lo que le parecía tan delicado asunto. Las dos jóvenes, elegantísimas, paradas delante de él, callaban también: Tecla, sonriendo y como divertida por la escena ó por el encuentro; Parmenia, tan enfurruñada, que si se disparase, ardía la calle y la ciudad entera.

Y arrastrados por misia Gorgonia, reanudaron la marcha los tres, oyendo los gemidos, el lamentable hipar de su despecho:

—¡No faltaba más! ¡¡No faltaba más!!

Sobre la maciza fachada de la fábrica se abatía el penacho de humo, retorciéndose en negras espirales y envolviéndola como

en una gasa fúnebre. Luz no brillaba más que en el portal de la casa, y, asomada á él, en actitud de raposa en acecho, mirando á una y otra esquina, y á veces velada por los jirones de humo que el viento des-
hacía, estaba una figurilla obscura, agazapada.

—Es Enriqueta—dijo Tecla.

¿Qué hacía la china Enriqueta á tales horas, sentada en el umbral? Y de pronto la vieron levantarse, salir como una bala y venir corriendo, tan veloz, que parecía volar y no correr, y antes un pajarraco nocturno que humana figura. Les esperaba, acababa de divisarles y venía á darles la noticia, la gran noticia...

Ni misia Gorgonia, ni Tecla, ni Parmenia, ni Hugo, tuvieron tiempo de preguntarle cosa alguna.

Porque, subrayado por visajes y sollozos, fingidos ó reales, dijo la china:

—Señora, no es nada... Es que el patrón se está muriendo... debe de haberse muerto ya.

VI

No se asusten ustedes. No se había muerto D. Paolo, ni pensaba en morirse siquiera. Lo que de tal modo espantó á la impresionable china, y trajo de cabeza á la cocinera italiana, Marieta (por más señas, paisana y con sus lejos de parienta de Francesco, el capataz), fué un violento revoltijo de bilis que, á poco de ir al teatro las señoras, acometió al patrón, con punzadas dolorosas, baseas, sudores y calambres, que era como si el hígado se lo redujeran á pura papilla y estuviese el hombre para dar la última boqueada. A tan grande tormento fisiológico, que el botiquín casero, en manos de las dos apu-